

El Concepto de progreso en la cultura quechua

Luis Rojas Aspíazu

1. Cultura quechua y conocimiento

Que el concepto de progreso es ajeno a la cultura quechua, fue una de las conclusiones del *Foro intercultural sobre el Concepto de Progreso en Diferentes Culturas*. Esta conclusión correctamente interpretada contribuirá a neutralizar el habitual y equivocado sobrentendido de que las formas de conocer, acumular y procesar saber de culturas como la quechua y la aymara son las mismas que las de la visión occidental. Cuando mucho se reconocerán, en la forma quechuaymara de concebir la vida, matices diferenciales que generalmente se los catalogará como propios de "culturas subalternas" y formas de conocer definitivamente inconclusas.

Esta actitud europea y angloamericana impide extender puentes —a pesar de tanta informática, tecnología comunicacional y ciencias de lo humano— sobre el abismo existente entre la cultura occidental y la quechuaymara. Estos hechos concernientes a las formas de asumir el mundo y a las situaciones de relación entre culturas deben constituirse en preocupación del tratamiento de temas como el avanzado en el Foro.

Biografía y bibliografía

Como expresión y raíz de la acumulación de conocimientos, el contenido de un relato autobiográfico en la cultura quechua es una experiencia socialmente compartida no sólo con otros sino con otras instancias de uno mismo, no es fruto de una actitud "etnográfica" ni una construcción de "objetos de conocimiento" mucho menos una compulsiva tendencia a dar testimonios exigidos por cofradías religiosas, ni material para llenar vacíos mediáticos o investigaciones referidas a culturas diferentes a la dominante.

Es proceso experiencia) que lleva a conformar saberes plenos que desde lo individual-social consolidan la permanencia y resistencia de la cultura. Este conocer en la vida y desde la vida desde percepciones y sentimientos actualizados da substancia al lado pobre del conocimiento bibliográfico, es un pensar acudiendo a la memoria, interpretando y reinterpretando, es un pensar sin desprenderse de la propia historia y la presencia de acostumbrados interlocutores.

Para esta forma de conocimiento la bibliografía y aquello en que se insiste como saber autorizado –saber académico– es un factor que con eficiencia estructura preconceptos propios de la cultura dominante, dejando percibir, muy apenas, su esencia maniquea, egotista, evolucionista, cualquiera sea la disciplina referida a lo humano. No todo es así, puede ocurrir que, en diferentes dimensiones y calidades, este saber sea un instrumental de apoyo a la forma de conocimiento quechuaymara; los textos de Simón Yampara y Félix Patzi llegan a ser ejemplo de lo bibliográfico como recurso que moviliza saber y pensamiento.

Se debe comenzar a cuidar en eventos interculturales como el Foro que las reglas de juego sean establecidas –redundando– interculturalmente, pues intentar elaborar ideas en medio de normatividades sentidas ajenas crea situaciones confusas, ambiguas, cerradas en sí mismas, con productos manipulables, sin respeto por lo diferente. En estas situaciones será ocioso entrar en disquisiciones finas, dialogales, coloquiales, creativas, pues, además, el ritmo temporal también es ajeno, es impuesto. Más aquí de esta generalización, lo destacable de la iniciativa y la conducción del Foro fue el nada fácil intento de trabajar insistentemente para que se cumpla aquello que se conoce con el estereotipo de participativo. La imposibilidad más que dificultad, en última instancia, se debe a lo que vengo llamando abismo intercultural.

Lengua y conocimiento

Las relaciones llamadas de interculturalidad se las trata, en los diferentes campos de la vida social, con la mayor impropiedad. El mayor ejemplo se encuentra en los proyectos reformistas de educación bilingüe. En forma sintética explico lo que ocurre: se maneja la relación entre lenguas de culturas diferentes, el *quechua* y el castellano dado el caso, como una situación de *interculturalidad* que se produce dentro de una atmósfera, paradójicamente, intracultural; atmósfera propia de la cultura y lengua dominantes, atmósfera civilizatoria del castellano, quedando anulada la posible interculturalidad que ante todo exige simetría; entonces, la lengua quechua se ve impregnada de

un cúmulo de términos y conceptos que nada tienen que ver con la percepción del mundo y la vida que ella contiene.

Ante situaciones como esta es útil razonar de acuerdo al “principio de la ausencia”, así: si en la cultura quechua está ausente la palabra o palabras que podrían corresponder a otras castellanas –como el caso de *progreso*– no significa déficit, ni un vacío que hay que llenar trasladando términos de otro lado, de otra cultura. Esa ausencia significa una visión diferente y propia del mundo y la vida de la cultura que nos ocupa. Adán Parí comunicaba, en el Foro, que revisó múltiples diccionarios quechuas y constató la ausencia de un equivalente de la palabra *progreso*. Sin mucha pausa, como consecuencia, se dedicó a exponer principios, horizontes, pensamientos que no son *progreso*; exposición que la considero como una explicación de por qué no existe en quechua *progreso*.

Hago propicio este preciso lugar para proponer la lengua quechua al otro-cultural como portadora de valores que enriquecen a los quechuas y que quisiéramos compartirlos, mucho más cuando en el panorama de las lenguas nacionales bolivianas el castellano viene empobreciéndose cualitativamente, posiblemente como consecuencia de la gravitación vulgarizada de vocabularios técnico-científicos, por los usos mediáticos, por el abandono de la concentrada, grata y no manipulada comunicación entre personas; sugiero aproximarse al mundo de la vida y cultura quechuas a través de su lengua tomada en su densidad semántica y dinámica expresiva.

¿Por qué mi exposición toma un sesgo hacia la apología de la lengua quechua? Simplemente para dar una pequeña muestra –no muy pequeña, pues se trata de ¡la lengua!– de que los quechuas tenemos otros valores, otros motivos, otro sentido de vida, así como lo amigos europeos tienen el *progreso*.

2. Historia del progreso

Nuestra América y el progreso

Si bien el concepto de progreso es ajeno a la cultura quechua, la cultura quechua no es ajena a una historia del progreso y en una forma tal que esta historia no deja olvidar un destino común a aquella dimensión territorial y cultural que Martí llamó Nuestra América. Casi está dicho lo que el lector ya viene pensando: que esta historia comienza con la invasión europea a fines del siglo XV y principios del XVI, poniendo en juego una actitud básica que

desestructura o destruye con inusitada violencia la diversidad de mundos culturales propios del continente sorprendido, entre ellos el quechuaymara o andino que juega su rol proporcionando condiciones básicas para que el *progreso progrese*: la acumulación de riquezas —a sangre y fuego— por el europeo. Consustancial con este momento nefasto se encuentra la inicial actitud racista que incluía argumentos teológicos.

Repúblicas civilizadas: orden y progreso

Continuando a grandes pasos esta historia, desde una visión quechua que llega a ser andina y americana, nos encontramos con la ideología civilizatoria de las repúblicas, entre ellas Bolivia, que particularmente en el último tercio del siglo XIX propugna el asalto de tierras y maltrato de vidas y culturas desde México y Guatemala hasta el sur de Chile y Argentina. Quechuas y aymaras se destacan por su "resistencia y persistencia" frente a los asaltos expropiadores y exterminadores con que se manifiesta la ideología civilizatoria de las repúblicas.

Durante los años 60 y los 70 del siglo pasado, el progreso es propuesto a las "subculturas" —entre las cuales está la quechua— y a las naciones "subdesarrolladas", a través de la política que implementa proyectos de ayuda al desarrollo.

Por el contexto en que se presentan, cabe recordar las ayudas norteamericanas ajustadas a situaciones políticas coyunturales: alimentos, trigos excedentarios, escuelitas, etc. Es a lo que se refería Sergio Almaraz, aludiendo a las consecuencias de aquellas ayudas para el progreso, con aquella frase tan repetida por lo singularmente significativa: *el tiempo de las pequeñas cosas* Frase que designa con propiedad "el tiempo del desarrollo" —tiempo de subrepticias intenciones, de anécdotas cursis o dramáticas, de promesas, frustraciones, residuos y deterioros, distorsiones mentales y pedagogías colonizadoras— frente al tiempo de los grandes procesos sociales y culturales que perfilan a Nuestra América.

Tiempo que permanece

Hace pocos años, al viajar por el altiplano me encontré con una especie de ejército disperso: paralelepípedos pintados de blanco; imaginé que eran artefactos concernientes a innovaciones en el trabajo agrícola; eran letrinas. El compañero de viaje, casualmente agrónomo medio ambientalista, me explicó detalladamente por qué debía alegrarnos el hecho de que los agricultores aymaras le den a estos artefactos un uso distinto de aquel

para el que fueron construidos. Me quedé pensando en la brillante explicación científica dada por el agrónomo y apenado por la incapacidad de aplicar ciencia como ésa a intenciones progresistas aparentemente modestas. La cosa no queda aquí.

Se me presentó la circunstancia grata de asistir a este Foro en el breve lapso que va de una invitación recibida para visitar un ayllu quechua y la fecha de cumplimiento de dicha visita. Encontré en una de las comunidades a un maestro que esperaba a los niños intentando, apresurado y turbado, subsanar la incongruencia entre las exigencias de agua para las letrinas modernizadas —que formaban parte de la moderna escuela construida por la Reforma Educativa— y la imposibilidad de satisfacer a esas exigencias, con los volúmenes necesarios, dado el limitado caudal de agua potable que provee el sistema instalado por un organismo de desarrollo social diferente a la Reforma Educativa. Me acordé del agrónomo medio ambientalista del altiplano y de aquellos pronósticos nada alentadores que al lanzarse la *Alianza para el Progreso* giraban simbólica y premonitoriamente alrededor de la construcción de letrinas.

Ya que estamos en la escuela, una mirada al aula: por un ventanal el Sol soberbio y desafiante introduce una amplia y brillante gama de verdes. En el aula, ideados por los pedagogos reformistas, se encuentran los "rincones"; entre ellos, ajeno a la propuesta del ventanal se podía advertir el rincón de la naturaleza con flores y hojas marchitas, y semillas pisoteadas

Filosofía que persiste

En esta "marginalidad" de las metrópolis del progreso se percibe que en 30 o más años a pesar de los proyectos de desarrollo, o debido a ellos mismos, nada ha cambiado. ¿Es consecuencia de que, en comunidades quechuas y aymaras, no existe el concepto de progreso?, ¿los propulsores desarrollistas del progreso no advirtieron ésta no universalidad de lo que pro-pugnaban?, ¿insistieron en el *desarrollo* como un modus vivendi?, ¿o se habituaron a seguir el método del ensayo y *el error*?

Esta política y filosofía desarrollistas de fines de los 60, y principios de los 70, que con otros rasgos persisten hoy con raíces en la segunda pos-guerra, en su manifestación no estatal (ONG) está personificada por la pionera y extinta DESAL, que con sede en Santiago de Chile funcionaba con dos premisas: la primera, incorporar a los "marginales", entre los cuales se encontraban los quechuas, a la "sociedad global". Eramos para DE-SAL "sólo" campesinos, cuya cultura era intrascendente o cuando más alar-

maba, por su cúmulo de "supersticiones", incluso a los progresistas discípulos de Paulo Freire.

La segunda premisa: a estos campesinos había que cambiarles el "ethos cultural", es decir, el alma, por un espíritu empresarial, progresista, occidental, no abúlico ni fatalista. Eran posturas e intentos de teoría, coherentes, expresados a viva voz y escritura, exhalaban una fe incuestionable en el progreso, en el fondo estaban sustentados por un evolucionismo de in-negable sello spenceriano.

El ensayo y el error

La política del desarrollo, al estar animada por una inmovible fe en el progreso, salía indemne de sus sucesivos fracasos. De ningún modo es inapropiado aplicar a este procedimiento el apelativo de método del *ensayo y el error*, que al no aplicárselo en situaciones experimentales, sino en la vida misma, significa un alto costo difícil de cuantificar. Hagamos un inventario, sin muchas precisiones, del curso que siguió este método. Es un hito muy significativo el nombrado como el *tiempo de las pequeñas cosas*: luego, cooperativismo, alfabetización, revolución verde, proyectos de desarrollo integrado, recuperación de microcuencas, producción artesanal, planificación y consejería familiar (eufemismo de control de la natalidad), semillas transgénicas, desarrollo sustentable, promoción de sujetos de crédito, seguridad alimentaria, municipalismo, otra vez alfabetización... ¿Será un nuevo ensayo el *progreso* desde una visión *diferente a la occidental*?

El tiempo va mostrando otra faz. La fe en el progreso se va nutriendo de angustia; sus utopías se van convirtiendo en fantasías (¿nos iremos a Marte?) y su presencia hegemónica en dominio sobre los "otros" con enorme violencia.

Universalidad y hegemonía

La faz de imposición y violencia del centrismo de Occidente, asociada al concepto de progreso, va sustituyendo a su anterior imagen de esplendor. Como contraparte, se siente el anuncio de una universalidad enriquecida por la emergencia de visiones del mundo y la vida hasta hoy sumergidas, postergadas, maltratadas, como la visión quechuaymara persistente junto a otras en el fondo de la racionalidad civilizatoria.

El eurocentrismo en general y el anglocentrismo norteamericano en particular, con sus mecanismos de dominio recursos económicos, insti-

tuciones, ideología, tecnología (una de cuyas expresiones es la inhumana y costosa, hasta lo increíble, tecnología bélica), han impedido la manifestación coherente de la vitalidad de innumerables culturas diseminadas en el planeta.

Ahora que los sucesivos fracasos de la política del desarrollo muestran la incompatibilidad del concepto de progreso con la visión quechuaymara y la de otras culturas ancestrales que con voluntad inalienable de seguir viviendo confieren impulso y sentido a los movimientos sociales que buscan reconfigurar un mundo y un país, corresponde para dar respuestas cada vez más certeras y autónomas a interrogantes de eventos como el que motiva el presente texto, crear espacios —a falta de "escuelas" y "universidades" culturalmente propias— en los que se sistematice, practique y desarrolle, sin limitaciones ni deformaciones el conocimiento y auto-conocimiento en el marco de categorías de un pensamiento radicalmente descolonizado. En espacios así, tomaríamos esta invitación a ocuparnos del concepto de progreso en la cultura quechua como una invitación a precisar cuál es la categoría de pensamiento, el valor cultural, el impulso vital, la visión del mundo, que en esta hora de dolor a la que nos ha conducido el progreso, podríamos proponer a los hermanos de Occidente.

3. La otra cara: el no-progreso

Ponciano, aquel amigo quechua que cuando me encontraba viviendo en su comunidad visitaba mi vivienda dos o tres mañanas durante la semana, tenía mucho que decir. Hablaba con pasión de un tema al que volvía reiteradamente: las máquinas..., máquinas, máquinas para todo, para hilar, tejer, sembrar. Ante este discurso mi pregunta, de diferentes maneras también era reiterativa: tanta máquina, ¿para qué? Pregunta que recibía de una u otra manera siempre la misma respuesta: Para seguir viviendo como vivimos nomás, pero más lindamente. Aludía, ante todo, al tiempo "libre" que dejarían las máquinas; tiempo que sería dedicado a gozar plenamente de la vida, la vida que correspondía a su cultura.

Ponciano imaginaba con la máquina —aporte técnico de la otra cultura— recobrar, afirmar, exaltar las costumbres de la comunidad. Imaginaba, por ejemplo, que con ayuda de las máquinas, llegaría puntual, y muy elegantemente vestida, toda la comunidad incluyendo ancianos y ancianas, niños y niñas, al lugar alejado donde se realizaba el tinku anual. Me contagié del entusiasmo de Ponciano y me acometían preocupaciones emparentadas con las de él. Me preocupa, aun hasta ahora, el que sea por progreso, por

falta de progreso, por una mala utilización del progreso quizá en forma diferente y contraria a como imaginaba Ponciano y después yo mismo, que aquel tinku haya desaparecido.

Este modo de incorporar el progreso, en suma tecnología, imaginado por Ponciano no incluye el sentido y valores de la cultura de donde proviene dicha tecnología; por el contrario —¿será posible— fortalece y exalta los valores y visión de la propia cultura, en este caso la quechua.

En esa misma comunidad vivía Simón, quien incorporó en su comunidad una máquina de coser, con cuya utilización de ninguna manera pretendió obtener algún tipo de "excedente". Simón, con la máquina, se fijó un protagonismo: el de mantener el "buen vestir" de la comunidad, incluyendo en la ropa tanto de varones y mujeres los bordados tradicionales que comenzaban a desaparecer. Simón se sentía orgulloso, muy querido por la comunidad; y su aporte era compensado sin intervención monetaria. La flota que transita la carretera Cochabamba-Oruro suele detenerse en un lugar en el que encuentro multiplicados, como vestimenta, los atuendos que solía bordar Simón; este nombre debería quedar registrado en algún lugar de una inusual historia sobre la persistencia de la cultura quechua.

Tres tinkus

Da la impresión de que hubiera "correlación positiva" entre los fracasos del desarrollo y la persistencia de la cultura quechua. En el mismo ayllu al que pertenece la comunidad aquella en la que el maestro se esforzaba por articular letrinas con agua potable, mi presencia fue absorbida por tres tinkus que, a la postre, me ayudaron a superar ciertos prejuicios, confirmar una manera diferente de conocer y disipar temores.

Disipé un prejuicio cuando constaté que un tinku de toros poco tiene que ver con desproporcionados derroches de violencia y sangre. El tinku de toros podría servir de escuela de entereza y honestidad.

Hago un paréntesis para transcribir un diálogo del tiempo en el que comenzó a ponerse de moda la exigencia de incorporar la transversal género en los proyectos de desarrollo.

*—Señor, insisto que cumpla con lo que le habíamos **pedido**: incorporar la transversal género en el proyecto.*

*—Señor, estuve en la comunidad, **no corresponde** incorporar la transversal género.*

Le devuelvo su cheque: dejé a su equipo de campo un informe que recomienda: superar prejuicios culturales y patriarcales, afinar la sensibilidad para desinvisiblecer y comprender a la mujer quechua, y no utilizar el idioma quechua para agredir a hombres y mujeres quechuas.

La comprensión que aquel tiempo tenía sobre el tema se fundaba en coloquios cumplidos con señoras, en ayllus del norte de Potosí y otros lugares. Ahora, el presenciar el tinku entre mujeres me acerca más a la dimensión y calidad del sentido de vida de la mujer quechua, imposible de lograr con cuestionarios y cuantificaciones "transversales".

El tercer tinku disipó mi temor de que la cultura quechua pudiera quebrarse por obra de los artefactos mentales y materiales de la civilización occidental.